

llos pueblos y montes, en la más desesperada situación. Cabrera, poco ménos que acribillado de balazos, debió su fuga á la velocidad de su caballo. Casi desangrado, y muerto de fatiga, un cura de una aldea le dió hospitalidad y asilo. La noticia de su muerte corrió; pero supose en breve que existía, y hasta quién le había conservado la vida. Púsose preso á aquel eclesiástico, y á pique estuvo de sufrir la última pena, porque tal era el horror que Cabrera inspiraba, que la humanidad para con él pudo ser tenida por crimen.

Consecuente al carácter que desde el principio le vemos manifestar, el caudillo faccioso aparece despues de esta derrota más activo, más formidable, más emprendedor. Como el Anteo de la fábula, dábale fuerzas su tierra, que volvió á pisar. No curado todavía de sus heridas, la rica huerta de Valencia vuelve á ser en Enero de 1837 teatro de sus incursiones, y la Plana de Castellon es amenazada. El general Borso le alcanza, le bate: es herido y curado segunda vez; pero á pocos dias las tropas de la Reina sufrieron en Buñol un sangriento descalabro. Sigue obteniendo ventajas, y sacando abundantes recursos en los feraces terrenos que riegan el Júcar y el Guadalaviar: hostiga de nuevo á Requena, y un dia, cuando más absorto y ocupado le juzgaban en dar fin á esta empresa, se le vé caer de improviso en Plá del Pou sobre las tropas que se hallaban en Liria reponiéndose del revés de Buñol, y que pasaban á Valencia. Infelicísima fué para nuestros soldados la fortuna de aquel dia: inútiles, aunque gloriosos, los esfuerzos de algunos cuerpos bizarros: el destrozo fué sangriento: la mortandad, horrorosa: los prisioneros, muchos. Valencia abrió temerosa sus puertas á las escasas reliquias de los que corrie-

ron á buscar, tras de sus muros, el único asilo que en aquella triste jornada podían encontrar; y sus consternados habitantes pudieron ver y presenciaron desde sus muros y azotéas la terrible escena que quiso dar en espectáculo á sus ojos el inhumano vencedor.

Ebrio de placer y de sangre, mandó Cabrera disponer un festin de triunfo sobre una explanada, fuera de los muros de Burjasot, que domina la vista de aquellas amenas playas. Allí, bajo aquel hermoso cielo, en un dia bellísimo y puro, rodeado de su Estado Mayor, y á la vista de sus tropas, se entregó á las delicias y á los excesos de un banquete espléndido y regalado. La tosca música de sus batallones acompañaba con estrépito los brindis de aquella orgía, y los alaridos sangrientos de la soldadesca embriagada formaban el coro de aquella fiesta de sangre. Entónces se repitió sobre el suelo español una de aquellas escenas, que acaso no había visto el mundo desde los tiempos de degradacion, en que la ferocidad romana se complacía dando al fin de sus banquetes un combate de gladiadores. La feroz imaginacion de Cabrera le sugirió, sin duda, la idéa de imitarlos. Pero no fueron gladiadores infames, ni esclavos más viles que sus dueños, los que ordenó traer á su presencia para gozarse en el espectáculo de su muerte, y recrearse en la desesperacion de su agonía. Los nobles, los bizarros y valientes oficiales, prisioneros de Buñol y de Plá del Pou, fueron las víctimas de aquel holocausto abominable. Desnudos, y escarnecidos por la algazara y las injurias de aquellos bárbaros, fueron conducidos á la explanada para ser allí todos sacrificados. Al son de las carcajadas de sus espectadores, abrazándose los unos á los otros, dándose el último adios, prorrumpían los de Cabrera en gritos



beodos de muerte y «¡viva Carlos V!» Las nobles víctimas, fieras y denodadas, respondían, haciendo resonar entre la algazara de sus verdugos: «¡Viva Isabel II! ¡Viva la libertad!» Dióse la voz de fuego, sonó la descarga, y entre el estampido de los fusilazos, y entre los gemidos de los moribundos, resonaban en infernal armonía los bríndis facciosos, el estruendo de las botellas, las libaciones impuras, y las báquicas canciones de aquellos tigres. La sangre corría á sus piés, mientras el vino saltaba en sus copas; y sólo, á lo léjos, sobre las murallas de Valencia, había un grito de horror para los unos; ayes y llanto para los otros sin ventura.

Parece un horrible sueño la relacion de aquella carnicería. Parece que nos transportamos á los salvajes aduares de las tribus americanas, ó á las fabulosas guerras de Oriente. Y, sin embargo, es una escena de nuestra guerra civil. El 29 de Marzo de 1837: cinco años hace tan sólo que la presenciarnos. ¡Y la Europa lo vió, y consintió todavía en que la guerra continuase, y en que tan nefandos horrores se repitiesen! ¡Y la Providencia consintió tambien en que el verdugo de Burjasot no muriese sofocado por el vapor de aquella inocente sangre!

Estos horrores y ventajas habían hecho ya á Cabrera un personaje de la primera importancia en la causa de D. Carlos. Debía tenerla, sin duda, no sólo en el campo carlista, sino para el Gobierno de la Reina. En Navarra empezaban muchos de los más entusiastas partidarios del Pretendiente á desconfiar del éxito de su lucha, y volvían con placer sus ojos hácia el apoyo y puntal que tan robusto se elevaba entre el Ebro y el Turia, sirviendo como de ala izquierda á su ejército. El Gobierno de María Cristina y los Jefes del ejército reconocieron al fin,

aunque tarde, una verdad que de nuestra breve y detallada relacion debe haberse ya ocurrido á los lectores, á saber, que desde el principio Cabrera había sido demasiado despreciado, y que no se habían enviado contra él las fuerzas necesarias para batirle, para proteger al país contra sus expediciones, y para poner obstáculos á las correrías en que sacaba los inmensos recursos para abastecer y aumentar su ejército. Despues de la primera campaña en que el General Valdés había derrotado á Carnicer, las ventajas, la superioridad de fuerzas, consideradas en globo y bajo un punto de vista especial las operaciones, habían estado siempre en favor del caudillo carlista. El General San Miguel, el General Azpiroz, el General Palaréa, le habían dispersado en muchos reencuentros, le habían hecho variar de direccion, ó acelerar su movimiento en algunas expediciones; pero no tenían fuerzas suficientes para establecer en un país tan dilatado un bloqueo eficaz contra las móviles tropas del Jefe tortosino; no contaban con un batallon para cada garganta del Maestrazgo, ni con una guarnicion para cada pueblo y punto fuerte de tan dilatado territorio. Era además preciso tener en cuenta el espíritu del país, y las ventajas que ofrecía al poder y á la obediencia de Cabrera.

No era sólo el talento, el prestigio, el terror de este Jefe lo que había dado tanto cuerpo á sus tropas. Es preciso no desconocerlo. La revolucion por su parte se había encargado de engrosar las filas de sus contrarios, y de arrojar combustible en la hoguera de la guerra civil. En las masas del pueblo de los campos, especialmente en el país que nuestro protagonista dominaba, las simpatías y las inclinaciones estaban en favor de la causa



que este defendía, y nada se había hecho para modificar, sinó ántes bien para exasperar esta hostil tendencia. Los carlistas dominaban donde quiera que llegaba su voz y no había cristinos. Los cristinos no tenían poder donde no se veían sus armas.

El partido liberal estaba dividido en las ciudades; era nulo en los campos; y entre servir y obedecer á uno de los dos bandos, los mozos y los alcaldes, los paisanos y los curas, íbanse á Cabrera más de grado y de mejor voluntad. Las tropas carlistas, además, estaban, por decirlo así, en su casa; donde quiera encontraban campamentos y almacenes. Las tropas de la Reina no así. En Valencia y Aragon, sobre ser escasas, habían estado constantemente desatendidas. La guerra de Navarra y de las Provincias había absorbido, con preferencia casi exclusiva, toda la atención y todos los recursos. Los Generales de Valencia habían hecho mucho en poderse sostener, en poder vivir, en conservar las primeras plazas, los importantes puntos que permanecían fieles. Amparado de esta situación, y estimulado por su fiera arrogancia, Cabrera había podido extenderse y crecer, y presentarse, al fin, amenazador, y no despreciable. Era ya, en esta época, la segunda persona militar de su causa. Se pensó seriamente en enviar contra él lo que en la escala de nuestra guerra se ha llamado un ejército, y á su frente un General acreditado y organizador. Oráa fué el escogido. Segun los antecedentes de este bizarro, antiguo y temido Jefe, la elección no podía ser más acertada.

Sin embargo, era tal el desconcierto en que encontró Oráa los negocios á su llegada, tan deplorable la situación de las tropas, que no sólo no pudo empezar por operaciones brillantes y decisivas, sinó que sus primeros

parciales esfuerzos hubieron de estrellarse con una suerte no demasíadamente lisonjera. Del respetable General Oráa pudiera decirse lo que había dicho el Emperador Carlos V en sus guerras desgraciadas con el Elector Mauricio: "que la fortuna, como las mujeres, también desdén las canas." En esta ocasión hubo de experimentar el anciano General los desvíos de la suerte coqueta, que prefirió en sus favores la juventud ardorosa del Mauricio del Maestrazgo. No fué precisamente en acciones campales de guerra donde Cabrera llevó ventajas; pero el fuerte de San Matéo cayó en su poder, y la plaza de Cantavieja segunda vez fué tomada por el denuedo del activo é intrépido Cabañero. No venció á Oráa Cabrera; pero luchó con él, rivalizó con él, y esto era ya mucho; era encumbrarse á mucha altura á los ojos de los que habían creído ilusos que iba á hundirse y desaparecer al fin, abrumado por los años y las antiguas glorias del aguerrido veterano.

Entretanto, en el ejército carlista del Norte ocurrían extraordinarios sucesos. La corte del Pretendiente veíase ya despedazada por encontrados bandos y enemigas parcialidades. El partido moderado y el apostólico se habían declarado una guerra á muerte. En donde no debía haber más que un campamento guerrero, habíase establecido una parodia de corte con todas sus pasiones, sus intrigas y sus miserias. Las operaciones de la guerra calculábanse no por principios militares, ni segun las reglas de la táctica, sinó por descabelladas inspiraciones de partido. El mando de las tropas empezaba á ser patrimonio de aduladores y cortesanos, y los Generales más entendidos y leales eran apellidados traidores. Minaba la causa carlista en su fuerza moral la discordia y



la anarquía, y no ménos la amenazaban por aquel tiempo,—en la primavera de 1837,—los combinados esfuerzos de nuestros ejércitos de operaciones, que preparaban un movimiento decisivo, y un ataque sangriento sobre el país vascongado y las tropas del Pretendiente. Aún tenía este, sin embargo, grandes recursos para resistirle; aún había, á las inmediaciones de un grave peligro, bizarría, y ardor, y entusiasmo en sus tropas,—al fin españolas—para sacrificarse y defenderle. Él creyó más acertado el parecer de los que, bajo las apariencias de avanzar, le aconsejaron huir; la grande expedición de 1837 tuvo lugar.

D. Carlos, con diez y seis batallones, nueve escuadrones y numeroso séquito de empleados y gente allegadiza y aventurera, pasó el Arga el 17 de Mayo. Animábanle una fé viva y una confianza crédula en las pinturas y promesas, que le habían hecho sus parciales, de triunfos completos y de levantamientos en masa de todos los pueblos y países que hollase con su planta. Promesas y quimeras que debía ver desvanecidas, ó que debía él desvanecer; que nosotros no nos atreveremos á afirmar ahora si eran tan quiméricas ó tan infundadas como del resultado aparecieron. Á veces, considerando á sangre fria las circunstancias en que nos encontramos, parecenos que á poco que D. Carlos hubiera sido un Príncipe racional, ilustrado y digno de su puesto y de su siglo, mucho partido hubiera podido sacar del desaliento de los pueblos y de los desaciertos del Gobierno liberal. Afortunadamente, los del suyo eran mayores todavía.

No fué muy feliz, ni una série de triunfos, la marcha de la expedición sobre Aragon y Cataluña. La acción de Huesca, fatal para nosotros por la muerte del bizarro

Leon y la pérdida del valiente Iribárrren, estuvo á pique de ser funestísima á D. Carlos. El paso del Cinca fué un triste descalabro; los campos de Grá vieron una nueva vergonzosa derrota. Sin apoyo y sin esperanzas de hacerse fuerte en Cataluña, ántes de regresar á las Provincias, los consejos de sus parciales, y acaso los avisos de Cabrera, le decidieron á continuar su marcha y avanzar sobre Valencia. Pero era preciso pasar el Ebro, y mayores dificultades podía ofrecer por aquella parte su caudaloso raudal, que las que tan fatales le habían sido en el Cinca.

El General Borso di Carminati, con una brillante columna, corrió á oponérsele en Cherta, sobre cuyo punto había pronunciado la expedición su movimiento. Pero tanto como Borso, había corrido Cabrera. Por medio de una marcha prodigiosamente rápida y sagazmente concebida, cayó sobre él, en compañía de Forcadell, con el mayor encarnizamiento, y la expedición pudo pasar tranquila á aquella tierra prometida, á favor de un hecho de armas brillante y glorioso, sin duda, para Cabrera. Mucho debió halagarle poder mostrarse á los ojos de su Rey digno del renombre y reputación, que de antemano gozaba en su concepto.

Fué, ciertamente, para el General carlista, una manera brillante de salir al encuentro de su soberano, y de ir á abrirle, en tan grande apuro, las puertas de aquellos nuevos Estados. La distinción que desde entónces hizo de él, y la privanza en que le tuvo, fueron debidas, seguramente, á lo que hubo de deslumbrarle el brillo de esta acción, tan bien y tan á tiempo ejecutada.

Sin embargo, apenas se puede creer que Cabrera, por su voluntad, hubiera querido atraer la expedición al ter-



reno en que él mandaba. Ni su posición ni su gloria podían ganar con semejante suceso. La presencia de D. Carlos anonadaba el prestigio de su persona. Los antiguos Generales y los aguerridos batallones procedentes de las Provincias Vascongadas, bien debía suponer que no habían de ponerse á sus órdenes. No debía querer, pues, que D. Carlos permaneciese en aquel terreno, desde el cual demasiado conocía Cabrera que ménos podía conquistar á Madrid que desde las montañas vasco-navarras. Y tratándose de continuar la expedición, no confiaba demasiado en que su tránsito rápido le proporcionase mayores ventajas que las que hasta allí había obtenido él sólo. Desde luego debió caer en la cuenta de los celos y rivalidades, que excitaba en los Jefes de la expedición la confianza que había depositado en él D. Carlos, y del desdenoso desprecio que muchos de ellos le manifestaban. Á pesar de todo, una vez allí el Príncipe, acaso pudo Cabrera lisonjearse con la esperanza de la conquista de Valencia y de las principales poblaciones de aquellas provincias, hazañas que, realizadas bajo su dirección, le hubieran permitido llevar él la expedición, la guerra y á su Príncipe al corazón del Reino, á la capital de la Monarquía.

Empero el éxito de sus operaciones no correspondió á sus esperanzas. Puso sitio á Castellón de la Plana, y le levantó sin ventaja alguna. Describiendo un largo semicírculo, por la sierra Calderona, llegaron todas las fuerzas reunidas á situarse en las inmediaciones de Valencia, sentando D. Carlos sus reales en Burjasot, donde acampó tres días esperando tal vez que la traición ó el entusiasmo de sus adictos le abrieran las puertas. Pero aquella ciudad fué socorrida á tiempo por la columna del

General Borso, que la ocupó; y habiendo llegado á poco Oráa con mayores fuerzas, salieron juntos ambos Generales á lanzar al enemigo del rico país de que había esperado posesionarse. Le alcanzaron en efecto en los campos de Chiva, y le ocasionaron considerable pérdida de muertos, heridos, prisioneros y desertores.

Cabrera, por cuyas inspiraciones no podían ménos de dejarse guiar los otros Jefes, en un país que sólo él conocía y acostumbrado á oír su voz, pero que al parecer no podía mandar bien á aquella gente, no halló otro mejor recurso que llevarla, por decirlo así, á su propia casa, y encerrarla en las inaccesibles asperezas del Maestrazgo, en tanto que él, para distraer las fuerzas que hostigaban al Pretendiente, se separó de él, descendió otra vez á la Plana, amagó á Gandesa, sitió á Lucena, y procuró emplear todos los recursos de su movilidad y de su genio en disminuir el mal efecto, que debían haber producido los últimos sucesos en el ánimo de los que seguían al Pretendiente.

En efecto; los más acreditados Jefes de la expedición, que ya de antemano tenían en poco el decantado genio y las fuerzas de Cabrera, hallaban en los desastres de su mal parada correría, suficientes motivos para atribuirlos á su mala suerte, y para rebajar casi hasta el desprecio la reputación exagerada á que le habían ensalzado sus admiradores. Decían,—y dicen muchos todavía,—que Cabrera había pensado más en su elevación propia que en el triunfo de su causa; y que, cifradas todas sus miras en su pensamiento, trató de desembarazarse de Jefes y de rivales, posponiendo á este egoísta interés todos los demás grandes y nobles intereses que él ó no conocía, ó sacrificaba á su ambición é intriga. Atribuíanle además que, lle-



vando en todas sus acciones la pasión del provincialismo y el odio de rivalidad que, como frecuentemente acontece en los pueblos comarcanos, divide á los catalanes y á los habitantes del bajo Aragon, había desdeñado constantemente á los aragoneses, y enajenándose la buena voluntad y disposición del país más apto para sostener la causa carlista.

Él había preferido hacer la guerra con valencianos, mientras que el bajo Aragon era, por su suelo, por sus recursos, por sus sentimientos, por el tesón, bravura y esfuerzos de sus naturales, el país de donde aquella guerra debía haber recibido tanta fuerza y vigor como de las Provincias Vascongadas, y que debía haberse alzado en masa á la aproximación de su Rey. Todos estos recursos, todas estas esperanzas, esta buena disposición y entusiasmo, todo había sido desaprovechado, inutilizado por Cabrera y por sus mezquinas pasiones, y por sus rastreas intrigas.

Esto decían en el campo mismo de D. Carlos, y no faltaba verdad en estas imputaciones, aunque un tanto las exagerase el despecho del momento. Cabrera, por su parte, también dirigía amargas recriminaciones á aquella desordenada reunión, donde no había pensamiento, ni plan, ni recursos, ni preparativos, ni Jefes. Todos se desdaban de obedecerle, y ninguno sabía mandar. Tenían por quiméricos sus planes, pero nadie los presentaba mejores. D. Carlos no era capaz de una decisión pronta, de una resolución enérgica: todo era en él perplejidad y dudas, y tras una confianza ciega en su legitimidad y en la justicia de sus derechos, dominábale un miedo imbécil, y la más pusilánime cobardía. Cabrera les decía á su vez: "Dejadme obrar, y entonces echad sobre

mi responsabilidad cargas y culpas que ahora no son mías."

Cabrera sí que podía decir esto con sobrado fundamento de razón, y pudo tenerla más, cuando la expedición se vió completamente malograda. D. Carlos, al fin, tomó el partido de salir de aquellas asperezas, y pronunciar su movimiento sobre Madrid, abriéndose un paso por la provincia de Soria. Seguíale, es verdad, sobre su derecha el ejército del General Espartero, y podían flanquear su izquierda las tropas de Oráa; pero la expedición de Zariátegui dominaba en Castilla, y las tropas de Cabrera recibieron la orden de venir á reunirse con el grueso de las que el Pretendiente acaudillaba. La sorprendente victoria de Herrera y Villar de los Navarros, en que fué batido, cuando ménos podía esperarse, el General Buerens, permitieron á las tropas carlistas realizar este movimiento, que hubiera podido ser fatal á la causa de Isabel II, si hubieran sabido sacar todo el partido que de él pudieron.

Presentóse D. Carlos á las puertas de Madrid. La división de Cabrera que le servía de vanguardia, adelantó sus avanzadas hasta Vallecas. Nosotros pudimos verlas todas. Desde la altura de la calle de Atocha fué la población de Madrid á contemplar por vez primera las boinas facciosas. Eran las de Cabrera las que se divisaban; siempre el primero, siempre el más arrojado en las ocasiones críticas; el más impaciente en esto de penetrar dentro de los muros de la capital. Esperábasele con valor y serenidad dentro de ellos. La Milicia Nacional se hallaba tendida por todos los puntos, aguardando serena la ocasión de defender, con la causa de Isabel II, sus hogares y sus fortunas. Sin embargo, no sabemos hasta



donde hubiera podido llegar la resistencia de las fuerzas que defendían un recinto tan vasto como el de la capital, si las tropas carlistas hubieran tenido el arrojo de acometer.

¡Día terrible! ¡día espantoso y de sangre hubiera podido ser aquel, y teatro de horrorosas escenas la capital, aunque Cabrera no hubiera penetrado más que en algunas calles de su populoso recinto! Pero los carlistas no atacaron: despues de dos dias de inaccion á la vista de las puertas de Madrid, el General Espartero se acercaba rápidamente, y llegaba á Alcalá de Henares. En vano impaciente Cabrera se devoraba en deséos de embestir las puertas y penetrar en los palacios, que podía ver sin necesidad de antejo; D. Carlos, poniendo el colmo á la irresolucion y á la imbecilidad que formaban su carácter; D. Carlos, que sin duda en los sueños de su fantasía había esperado en el recinto de Madrid una insurreccion popular ó un trastorno revolucionario que le abriese las puertas, y le entregara las llaves del Régio alcázar de sus Padres, dió repentinamente la órden de retirarse.

Todos vieron claro, al saber tan singular determinacion, que D. Carlos se alejaba para siempre. Retirándose de delante de Madrid, ya no debía volver á pisar su suelo. Su causa había llegado á su mayor apogéo. Siguióle en su retirada, causándole contínuas pérdidas, el General Espartero, hasta más allá del Ebro, que ya no debía repasar. No sólo era este el sentimiento y la creencia del partido liberal: sus adictos participaban de él. El desaliento y la confusion se introdujeron, desde entónces, en la córte y en el campamento del Pretendiente. En él ya no se vuelve á ver ni un pensamiento, ni un plan, ni una com-

binacion, ni un hecho de armas señalado, ni un Jefe de nombradía é inteligencia. Desde entónces, el que crece, el que brilla, el que amenaza, el que figura en la causa carlista, el que llama sobre sí la principal atencion; el único que concibe un plan, que obra con unidad, con fé, con teson, y combina y prepara para su causa los fundamentos de una larga y tenaz resistencia, cuando no fuesen los de una victoria, es Cabrera.

Al retirarse D. Carlos, Cabrera se separó despechado y lleno de ira, en demanda de sus antiguas querencias, merodeando al paso por las comarcas que le podian ofrecer recursos. Á pesar de sus reveses en la última campaña de Valencia, su conducta en la expedicion había acrecentado su reputacion militar. Creían todos que por él, por su arrojo, se hubiera tomado á Madrid; y al separarse de D. Carlos, si no llevaba consigo el aprecio de los Jefes que se tenían por entendidos y prácticos en el arte de la guerra, llevaba, sí, las simpatías de la parte más entusiasta y fanática de la expedicion, y llevaba él mismo una idéa de sí propio más alta que nunca, despues que se había medido con otras capacidades militares, y despues que sobre el terreno de aquellas malogradas operaciones, había podido comparar lo que se había hecho con lo que hubiera él ejecutado.

Cabrera se situó en Cantavieja, que seguía fortificándose. La ausencia de la division de Oráa, que se ocupaba en perseguir al Pretendiente en su retirada, le permitió recorrer desembarazadamente los abundosos paises de las márgenes del Júcar y del Guadalaviar, buscando en sus ricas poblaciones los recursos que no podía suministrar el exhausto Maestrazgo. Repuesto su ejército; allegada gran multitud de gente, y cargado con un inmenso botin, se



retiró á su cuartel general, pensando siempre en mudarle. No había abandonado el pensamiento de apoderarse de Morella, y esta fué la ocasion de realizarlo. Un esfuerzo de audacia y arrojo de una sola compañía la puso en sus manos. Disfrazados de paisanos, escalaron, en el silencio de la noche, las empinadas rocas de su castillo; asesinaron á los centinelas en sus garitas; introdujeron el terror y el desórden en aquella fortaleza, y enarbolaron en su cima la bandera de Cárlos V. Al amanecer, la escasa y despavorida guarnicion de la plaza, que se creyó, sin duda, dominada por considerables fuerzas carlistas, abandonó la ciudad, que ocupó Cabrera, entrando á las pocas horas, enmedio del entusiasmo y admiracion de los habitantes, que le recibieron en triunfo.

Así empezaba para Cabrera el año de 1838. El principal objeto de sus miras estaba alcanzado. Los sucesos demostraron que no en vano le había codiciado con tanto ardor y perseverancia, y que la posesion de aquel punto tenía toda la importancia que le había dado. Otras victorias realzaron la ocupacion de Morella. Benicarló, en Valencia; Calanda y Alcorisa, en Aragon, cayeron en su poder, y el Jefe tortosino hubiera llegado á una grande altura de reputacion, de respeto y hasta de gloria, si no hubiera deslucido sus brillantes hechos de armas con la crueldad que los acompañaba; si el inhumano sacrificio y los horrores que hizo sufrir á los prisioneros de Herrera y Benicarló no hubieran teñido para siempre de inútil sangre sus hazañas; y si, á través de las cualidades de Capitan, no se dejaran entrever las inclinaciones y los feroces instintos del guerrillero. Con todo eso, desde la toma de Morella, no puede confundirse á Cabrera con el comun de los jefes de guerrilla; y á más

altura se eleva todavía que el vulgo de los Generales.

Dueño absoluto del Maestrazgo, fundó allí un verdadero gobierno, y creó un ejército. Aumentó considerablemente las fábricas de fundicion de artillería de Cantavieja; se establecieron en Mirambel otras de pólvora y fusiles; nuevas fortificaciones se construyeron por todas partes donde el terreno lo permitía, y los antiguos puntos fuertes eran rodeados de fosos, empalizadas, parapetos aspilleros y demás obras de fortificacion. No se ocupaba en otra cosa que en estos trabajos toda la poblacion del Maestrazgo.

Cabrera era el alma de todo, estaba en todas partes, y valiéndose alternativamente del entusiasmo y del terror, llegó á adquirir sobre todos aquellos habitantes un prestigio, que rayaba en entusiasmo y adoracion. Era bastante político para gobernarlos con cierta dulzura y equidad, para no vivir sobre sus recursos y fortuna, ni molestarlos con exacciones. Muy por el contrario, en todos aquellos pueblos reinaba la abundancia y circulaba el dinero. Las depredaciones de sus tropas se ejercían fuera de aquel recinto: más allá de las fronteras de su Estado, sus subalternos y sus soldados podían saquear y exigir contribuciones: pero en el Maestrazgo no había más autoridad que la suya, y la ejercía tan blandamente como le permitían su situacion y sus circunstancias.

Sus empleados, sí, podían temerle tanto como sus enemigos. Al menor desliz, á la más leve sospecha de prevaricacion, á la prueba más ligera de falta de integridad, los hacía fusilar desapiadadamente. Duro, riguroso y altanero con sus oficiales y subalternos, era afable y benévolo con los soldados y con el pueblo. Pero su llaneza no era familiaridad. Había aprendido el arte de hacerse res-



petar, de imponer por medio de las exterioridades. Rodeábase de lujo y de aparato; usaba trajes ricos, primorosos bordados, y no escaseaba á veces en el atavío de su persona finísimas pieles, sortijas y brillantes de gran precio. Sabía distinguir el mérito y el valor, y la aptitud especial de los que le rodeaban, y mostraba una actividad no ménos prodigiosa en el despacho de los negocios de aquella especie de Gobierno allí fundado, que la que le había distinguido en las rápidas evoluciones de sus veloces correrías.

Á favor de estas cualidades y de aquellos trabajos de organizacion, é impelidos sin duda por las circunstancias, tan desfavorables á D. Carlos en el otro punto del teatro de la guerra, agrupábanse en derredor de Cabrera elementos con que hasta entónces no había contado. Tuvo á su lado Jefes entendidos, militares de alto mérito, oficiales facultativos de ingenieros y artillería, personas todas á quien poder consultar operaciones más complicadas, y someter la direccion de trabajos difíciles; y no faltaron tampoco aventureros de extrañas naciones, que venian á compartir las fatigas y penalidades de aquella azarosa vida, atraídos del entusiasmo de una causa célebre y de un nombre extraordinario, siquiera fuese inferior á las exageradas relaciones que había llevado á sus tierras la fama infiel del espíritu de partido.

Tenía tambien Cabrera una junta de gobierno, compuesta de personas por la mayor parte eclesiásticas, que eran como los asistentes de D. Carlos cerca de su persona. No los tenía en mucho, ni los respetaba gran cosa el ardiente caudillo tortosino; pero era bastante sagaz para conservarlos á su lado, en testimonio del respeto y obe-

diencia que prestaba á su Rey y señor, y para mantener por medio de ellos con la córte del Pretendiente correspondencia y relaciones que no le eran inútiles. Los miembros de esta junta pertenecían al partido exagerado ó apostólico, dominante en los consejos de D. Carlos desde que había vuelto á sus antiguos reales, y dirigido por el jóven y fogoso Ministro Arias Teijeiro. Tenía este gran confianza en Cabrera; mirábale como el más firme apoyo, como la única esperanza que quedaba acaso á la causa de D. Carlos, y sostenía con él y con los que á su lado asistían, una constante correspondencia.

Por lo demás, Cabrera sólo cuando le acomodaba seguía el parecer de aquellos consejeros, de quienes á sus solas se reía, y con frecuencia hasta en público se burlaba. Sucedióle á veces hacer fusilar á un cura á pesar de las representaciones de aquella junta eclesiástica, y cuentan que, reconvenido por D. Carlos, le contestó sin miramientos: "Yo no he hecho fusilar á un cura, sinó á un mal ladron. En otro tiempo se le hubiera crucificado, como se estilaba entónces. Yo los hago pasar por las armas: los tiempos, Señor, cambian las costumbres."

No hacía tampoco más aprecio que el que le convenia de las órdenes del Pretendiente; y dicese tambien que al márgen de un decreto de su Real puño, solía escribir: "Recibido, pero no ejecutado: todo por el mejor servicio de S. M."

Esta actitud imponente del caudillo catalan, no podía dejar de infundir fundadas alarmas en el Gobierno de Madrid. Cuando se vió un hombre, que tanto se complacía y fundaba su principal mérito, su táctica, en la movilidad de sus expediciones, dar una base reposada, un asiento sólido á su dominio; cuando se traslució su plan



de asegurar el vasto territorio sometido á su influencia con una línea de puntos fuertes, que abrazaba al Levante desde la embocadura del Ebro hasta las playas del Guadalaviar, y, penetrando, por otra parte, por la sierra y provincia de Cuenca, amenazaba llegar hasta el mismo corazón de Castilla; cuando se echó de ver que, aun en el caso de que D. Carlos se viera lanzado de las Provincias Vascongadas por el esfuerzo de las tropas ó por el cansancio del país, podía encontrar otra nueva Navarra en el seguro abrigo que le preparaba su previsor caudillo; no pudo ménos de conocerse toda la gravedad de esta peligrosa situación, de esta posible contingencia, y toda la importancia de desalojar al orgulloso Cabrera de los puestos en que se había encastillado.

Entónces fué cuando, reforzadas con algunos batallones las tropas del General Oráa, se dió la orden y se concibió el plan de atacar á Morella. Dividióse el ejército en tres columnas, cuyas marchas convergentes debían tener por centro la capital del Maestrazgo. Mandaba la una Azpiroz, por la parte de Alcañiz y las sierras del Norte. El General Borso tomaba posición al Sudeste, viniendo de la Plana de Castellon. El General en Jefe, teniendo á sus órdenes la división de Pardiñas y Noguerras, avanzó desde Teruel el 24 de Julio, confiado en el arrojo de sus tropas, y en el formidable tren de artillería que se había puesto á su disposición. También había confiado, acaso más de lo que debiera, en la impericia de las tropas de Cabrera, en su falta de conocimientos militares, y en la incapacidad de resistir á los combinados ataques de un sitio en regla, y de tan poderosas fuerzas.

La atención de España, la de la Europa entera, se fijó

entónces en aquel sitio con ansiosa y anhelante expectación. La causa de la Reina y la del Pretendiente estaban pendientes del éxito de aquellas operaciones, y esperábase con impaciencia, como el prelude de otras decisivas que por aquel tiempo mismo se preparaban. En Navarra se marchaba sobre Estella; en Cataluña, Berga se veía amenazada. Oráa debía tomar á Morella. La causa carlista podía sucumbir casi instantáneamente en estos tres puntos. La guerra civil pasaba entónces por una de sus crisis más memorables.

Cabrera por su parte no se había descuidado: conoció toda la importancia de su posición; que había llegado el día de desplegar todos los recursos de su génio. Es sin duda este sitio, esta defensa, el más glorioso de sus hechos de armas; y sería siempre la página más brillante de su historia, aunque la fortuna le hubiera abandonado.

Á la aproximación de las tropas de Oráa, Cabrera dividió las suyas. Dejó dentro de la plaza una guarnición bastante numerosa, aguerrida, entusiasta y resuelta á perecer bajo aquellos muros; y él con una división de tres mil hombres se salió al campo y ocupó las alturas que rodean á Morella, situándose á la espalda y sobre los flancos de los sitiadores, cuando estos llegaron á acampar delante de sus murallas. Desde allí molestaba diariamente al enemigo; podía interceptarle sus convoyes; le embarazaba en sus operaciones, atacando á veces con denuedo sus atrincheramientos: su inmediata presencia, sus operaciones arrojadas animaban á la guarnición, con la cual podía además sostener comunicaciones por medio de avisos y señales en las atalayas. Dícese también que casi todas las noches penetraba solo el mismo Cabrera dentro de los muros de la plaza sitiada, ocu-



pándose en animar el entusiasmo de la guarnicion, en inspeccionar sus obras de defensa, para volver ántes de la aurora á su campamento á discurrir y ejecutar una nueva empresa contra sus enemigos. No puede decirse, á la verdad, cuál de los dos Generales era el que se hallaba sitiado.

La posicion del General Oráa, entre una plaza provista, defendida y fortificada, y un cuerpo enemigo á retaguardia, en un país talado y yermo, careciendo absolutamente de víveres, y no sobrado de provisiones, no era, ciertamente, la más lisonjera. Había tenido que esperar bastantes dias su tren de batir, retrasado considerablemente en su conduccion por el impracticable estado de los caminos que conducían á la plaza. Sin embargo, el arrojo del ejército liberal excede á toda ponderacion. La relacion de las fatigas que sufrieron nuestras tropas delante de aquellos muros, parecería fabulosa. Conociéronse desde luego las dificultades que ofrecía el apoderarse de la plaza á viva fuerza; y la falta de recursos no daba lugar á la continuacion de un sitio tan largo. No quisieron, empero, levantarle sin intentar siquiera el asalto.

El fuego rompió por ambas partes; fuego certero, fuego mortífero, fuego horroroso: centenares de valientes hallaron su tumba al pié de aquellas rocas. Al fin se abrió la brecha, se reconoció, se halló practicable, más á los ojos del arrojo, que á los del acierto; pero en tanto que se hacían los preparativos del asalto, los sitiados amontonaron á espaldas de la brecha innumerable cantidad de combustibles de viejas maderas de más de cien casas que habían derribado en los preparativos de fortificacion. Cuando se dió el asalto, pusieron fuego á todos aquellos materiales, y el ejército sitiador halló, en vez de la brecha de una

plaza, las puertas encendidas de un infierno; que tal parecía aquel inmenso incendio, dilatando á larga distancia el resplandor de sus siniestras llamas y el calor ardiente de su abrasada hoguera.

Dos asaltos se dieron, ambos con infelicísima fortuna: el fuego ardía dia y noche sobre la inflamada brecha; mil valerosos jóvenes lucharon en vano, al pié de aquellos muros, con un destino inexorable. Allí quedaron sepultadas ininidad de vidas preciosas y de esperanzas cortadas en agraz. Allí, multitud de jóvenes bizarros y para siempre gloriosos terminaron su carrera aciaga y desesperadamente. Fué preciso levantar el sitio. El resplandor de las llamas de la brecha alumbró todavía la retirada de los sitiadores, y á su faz siniestra pudo Cabrera contemplar su triunfo. Oráa, sereno en medio de su afliccion y de su desastre, verificó su retirada con el mayor orden, en tanto que Cabrera entraba triunfador en su ciudad libertada. Ningun vencedor se vió acogido con mayores transportes de entusiasmo. La poblacion entera le recibió de rodillas, en tanto que las campanas resonaban en estruendoso repique, y que el clero, cabildo é individuos de la junta salían en procesion, con el pálio, á derramar flores y bendiciones sobre el afortunado General. Su triunfo había sido completo, decisivo; las consecuencias, inmensas.

Las decaidas esperanzas de la córte carlista se reanimaron: las operaciones contra Estella se suspendieron. Berga no fué atacada. En Madrid tuvo lugar una crisis ministerial: Oráa no podía seguir en el mando de su ejército, desmoralizado por tan gran revés. La fuerza moral de la causa de la Reina había sufrido una herida tanto más profunda, cuanto más inesperada. El levantamiento del sitio de Morella fué un acontecimiento eu-